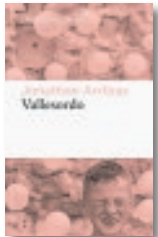


Ropa tendida**Óscar García Sierra**

Anagrama
280 páginas
18,9 euros

Vallesordo**Jonathan Arribas**

Libros del
Asteroide
216 páginas
18,95 euros



Óscar García Sierra y Jonathan Arribas // ABC

FERMÍN HERRERO

La recensión de hoy es doble para resaltar que hayan aparecido, en dos de los sellos editoriales punteros, entre los más prestigiosos del país sin duda, sendas novelas de autores muy jóvenes de nuestra Comunidad, lo que es prueba de la salud literaria de la que disfrutamos y de la esperanza de continuidad en la tradición de grandes escritores de Castilla y León. Se trata de 'Ropa tendida' (Anagrama) de Óscar García Sierra y 'Vallesordo' (Libros del Asteroide) de Jonathan Arribas, completamente distintas entre sí, pero que muestran de manera palpable la nueva realidad de la España vaciada, en León y Zamora respectivamente.

García Sierra se estrenó, en la misma editorial, hará unos dos años, con 'Facendera', un soplo de aire renovado al abordar la temática de una juventud sin esperanza, desquiciada y enganchada a los ansiolíticos, sumida en la precariedad laboral en el páramo industrial de su tierra tras la desaparición de la minería. La novela tenía un inicio rompedor y, en verdad, estimulante, si bien a este lector, luego, se le fue desinflando, debido quizá al exceso iterativo y a la ausencia de solidez expresiva. Claro que esto es simplemente una impresión personal, el libro fue muy jaleado en los suplementos nacionales, sobre todo en Babelia, y el actual ministro de Cultura, Ernest Urtegasun, lo eligió como el mejor libro de 2022 en una de las típicas encuestas periodísticas de finales del año.

'Ropa tendida' complementa y amplía la visión de 'Facendera' y es un paso adelante, firme, en lo formal. El joven narrador leonés ha captado, mediante un costumbrismo realista muy apropiado, la atmósfera de desencanto y desaliento de los paisanos de la zona de La Robla (es natural de la localidad pedánea de Llanos de Alba) y La Pola de Gordón, prejubilados o echados al paro con el cierre de las minas. Una tristeza estructural consecuencia de la demolición en general, simbolizada por la voladura de las torres de refrigeración de la central térmica de la comarca. Ni siquiera se salva la capital de la provincia. Este es un fotograma de León, de buena mañana: «Viejines paseando a perros, viejines desfasados con el periódico y algún divorciado medio calvo con ropa chillona corriendo por la acera». Todos los hombres, abstraídos en el gotelé de

la pared, derrotados, «resoplan y se arrastran por las mañanas». A las mujeres, que apechan con la recesión y ruina, tampoco les va mejor. Los hijos, desnortados, se abonan a 'afters' destartados, con cuadrillas, de espídicos y calave-

'ROPA TENDIDA' AMPLÍA LA VISIÓN DE 'FACENDERA' Y ES UN PASO ADELANTE, FIRME, EN LO FORMAL

ras, hasta arriba de farlopa.

Podría deducirse, por lo anterior, que esta vez el quehacer narrativo de García Sierra se centra en una familia un tanto desestructurada, y así lo parece al principio. Y, sin embargo, tras dosificar muy bien la acción, la segunda parte constituye un volantazo argumental, que pone el foco en

la relación entre la Juli y Jairo, antes Xairu, y coincide, me da la sensación, a diferencia de su novela precedente, con una mejora en la cohesión textual. En una de las entradas últimas de su diario, que figuran en la web 'Tam Tam Press', el escritor de Chozas de Arriba Avelino Fierro comentaba que su amigo y cómplice literario, el editor de Eolas Héctor Escobar, calificaba con su gracia habitual, no exenta de tino, la escritura de García Sierra como poligona. Por el ambiente, tono, léxico habitual y en los diálogos aplicados a los personajes, con encaje fino, se me antoja una atribución certera. La prosa, con aire cinematográfico en algunos pasajes, es de avance envolvente, hace de la reiteración su marchamo, si bien la repetición de algunas escenas, a modo de ritornelo, sería a mi juicio prescindible para amojonar los saltos tem-

porales, cuyo manejo, por otro lado, es excelente.

Convincente también, por su parte, el debut del zamorano Arribas con 'Vallesordo', de factura más breve. Si el gran acierto de García Sierra es probablemente el ajuste de una lengua coloquial muy viva a la realidad desoladora del desmantelamiento industrial, con la subsiguiente depresión, de las cuencas mineras, el de Arribas es haber sabido adaptar la expresión a la voz narrativa, la de un chiquillo de doce años, que cursa quinto de primaria, en la Castilla rural de hace unos quince, hacia 2009. La elección del punto de vista nos retrotrae, naturalmente, a los personajes adolescentes de Miguel Delibes, en particular a Daniel el Mochuelo de 'El camino', pero las comparaciones son odiosas y las carga el diablo, además el agro castellano ha cambiado una barbaridad, inimaginable, en poco más de medio siglo.

De hecho, la ilusión del protagonista, Nico, que vive en un pueblo cercano a la capital que bien pudiera ser Palacios del Pan, sin ninguna vocación campesina, cree por ejemplo que los tomates son tubérculos, es ser bailarín y triunfar en la tele, y cómo no acordarse en este caso de la emotiva película irlandesa 'Billy Elliot'. Es el hijo único, asmático, frágil en muchos sentidos, diferente por su sensibilidad exacerbada, hiperestésica, de un matrimonio formado por un agricultor de secano y una trabajadora, siempre depre, «de los nervios», de una residen-

DOS MIRADAS PROMETEDORAS SOBRE NUESTRA TIERRA

La segunda novela de **Óscar García Sierra, 'Ropa tendida'**, y el debut de **Jonathan Arribas, 'Vallesordo'**, prueban el desparpajo e instinto a la hora de narrar y la originalidad de ambos autores

cia de ancianos. La casa la sigue llevando, y sosteniéndola, una abuela viuda, cuyo vocabulario, modismos y giros léxicos son de lo más destacado de la prosa, salpicada de palabras en desuso, propias del lugar, que suenan, por añadidura, en contraste con el habla tan bien caracterizada del niño, de maravilla: achiperre, chinostra, mancar, cuzo, acochar o farraspa.

Tiene mucho mérito que Arribas se meta en la piel del personaje principal y mantenga intenso el argumento con el cebo, relativo, del suspense de sí con su ilusión va a pasar los 'castings' hasta llegar a la final de Fama Kids, «música y a bailar», el 'reality' que presentaba la inenarrable Paula Vázquez. En cierto modo —comparte con el 'Lazarillo', a tal efecto, el uso circunstancial de la segunda persona narrativa—, estamos ante una novela de formación, iniciática, desde una óptica homosexual, si bien no sé hasta qué punto se trata de autoficción, tan en boga. Aunque sus com-

TIENE MUCHO MÉRITO QUE ARRIBAS SE META EN LA PIEL DEL PERSONAJE PRINCIPAL, UN NIÑO DE DOCE AÑOS

pañeros de pupitre veteranos lo llaman «marimari», su padre piensa que le falta un hervor y un colega Labrador lo considera un «finolis». Nico, apoyándose en su perra Yesi y en sus amigos y compinches Telma e Izan, se sobrepone a la incompreensión escolar y doméstica.

Destaquemos en los dos novelistas reseñados la capacidad de observación, la pasmosa facilidad de oído que determina su impresionante dominio de la oralidad, sobre todo al conseguir, adecuando el decoro lingüístico, el verismo de las conversaciones, su desparpajo e instinto a la hora de narrar y su originalidad en el panorama patrio. En ambos casos —como es lógico, Arribas no llega a los treinta años de edad y García Sierra acaba de sobrepasarlos— es manifiestamente perfectible el rigor estilístico y, para futuras obras al margen de lo mimético, pues están llamados a afrontar empresas de mayor calado, cabría pedirles más vuelo expresivo; no obstante, sus prometedoros comienzos auguran las mejores expectativas para la narrativa regional. ■



Marta del Riego // IVÁN TOMÉ

UN 'TELAR' QUE ME HA 'PRESTADO' MUCHO

Marta del Riego Anta ha escrito una novela brutal y salvaje en el más amplio sentido de ambos términos

Cordillera

Marta del Riego Anta



AdN
Editorial
416 páginas
20,95 euros

JOSÉ IGNACIO GARCÍA

Creo que ya lo he dicho alguna vez más, sentí la llamada de la literatura a finales del siglo pasado, en León, durante una fascinante etapa de mi vida en la que mis sentidos se embriagaban con los aromas que emanaban de las tradiciones, de los sentimientos, de la gastronomía, de la naturaleza, de la altanería leal de sus gentes, de la belleza incomparable de sus egregios paisajes, tan dispares entre el páramo y la montaña, entre sus ríos y sus valles y sus particulares comarcas, habitadas por unos 'paisanines' que se aferraban al peculiar legado de sus ancestros con una tenacidad reivindicativa, gallarda e inquebrantable.

Ha pasado más de un cuarto de siglo desde entonces y he tenido que descubrir la joya literaria que acaba de regalarnos Marta del Riego Anta para recordar en todo su esplendor todas

aquellas emociones que el tiempo, con su carga de linimento balsámico, había atenuado en lo más recóndito de mis entrañas, para rescatar un lenguaje propio, que se podía escuchar en una tasca del Barrio Húmedo o en una casa de comidas de Luna, de Babia o de una aldea montañesa que quedaba a merced del aullido de los lobos cuando en el fragor del invierno era engullida por la más tenaz de las nevadas; para aspirar el aroma de la cima más inabordable, para saborear en el velo del paladar la clorofila de los pastos y de los helechos, para sentir bajo mis uñas el rastro desmenuzado de la tierra mojada; para disfrutar de un lenguaje donde el castellano más racial y cristalino se entrecruza con términos típicos del hablar de los leoneses y con ese idioma propio que es el 'patsuezu-llionés'. Y a esa mezcla lingüística, tan compensada, tan grata de leer, tan auténtica, tan nutritiva, hay que añadir el acompañamiento coral de frases que se repiten como una salmodia o una letanía que susurran el eco del viento o las leyendas de la narrativa oral.

Marta del Riego Anta ha escrito una novela brutal y salvaje en el más amplio sentido de ambos términos, en el semántico, en el emocional y en el de su entramado

constructivo. Alrededor de Nidia —la mujer montaña—, de Dario —el hombre bosque— y de una osa, crea una urdimbre argumental en la que la querencia de lo auténtico, de lo esencial que condecora, para bien y para mal, el carácter de los lugareños, el afán invasor del científico que llega de la ciudad y el instinto de los animales que luchan por sobrevivir se enfrentan en un conflicto constante, en el que muchas veces no se distingue quién es más feroz e irracional.

Nidia, la pastora trashumante es la heroína cuarentona y solitaria que resiste contra vientos y amenazas al frente de su manada de ovejas merinas, defendiéndolas de políticos, osos y lobos con la complicidad de sus fieles mastines de pura raza leonesa. A su alrededor revolotean una amiga de la infancia, un alcalde putero, depredador sexual y pesetero y ese biólogo llegado de la capital, y que tan distinto y distante le resulta al principio. Ella es el oscuro, violento o repentino objeto de deseo de todos ellos, como se aprecia en la narración, cuyo peso recae en ella o en Dario, y en unos diálogos de una intensidad que se funde con las voces contadas con la naturalidad con que la nieve se filtra en las laderas del monte.

No aparece hasta el meri-

diano de la trama el elemento trágico, pero para entonces (prácticamente desde su Obertura) la autora nos ha cautivado, como si fuera una 'xana' que nos ha convertido en víctimas de un conjuro delicioso y cruel a partes iguales. Y es posible que se intuya enseguida la naturaleza del asesino y el móvil que le ha conducido a perpetrar su crimen, pero ese detalle no importa en el contexto global de la novela, donde el amor por la naturaleza, la defensa de lo propio y las pasiones humanas —agresivas, ambiciosas o románticas— se suceden escena tras escena.

Si tras la 'trapa' que hay que recorrer para abrir un libro se puede encontrar una caja de música, el cofre de un tesoro o un fétetro con un olor nauseabundo, cuando el lector descerraje 'Cordillera' descubrirá una de esas novelas que el tiempo, a pesar de su carga de linimento balsámico, convertirá en inolvidable, un 'telar' literario —qué prodigio polisémico adorna en León a ese término que se ajusta a cualquier situación— que 'prestará' mucho —cuánto me gusta también esa acepción apetecible de 'prestar', tan típica, tan propia del Viejo Reino— a los lectores que, como yo, hagan suyo este

'CORDILLERA' ES UNA VOZ LLENA DE TIMBRES, EL DE LA MONTAÑA, EL DEL OSO, EL DEL SER HUMANO

pasaje de la novela. Y es que «yo me quedé en el aire porque había estado meciéndome en su voz, y pensé su voz me arrulla, su voz, tiene muchos timbres de voz, una voz modulada, una voz en la que puedes entrar y acurrucarte, una voz que es un lugar».

No se me ocurre una definición mejor y por eso la reproduzco. 'Cordillera' es una voz llena de timbres, el de la montaña, el del oso, el del ser humano que, en el desenlace, da un ejemplo de solidaridad para que resplandezcan la justicia, la libertad y la vida. Una voz propia, la de una gran autora. Una voz que valora la figura de mujeres que eligen la soledad y su trabajo como baluartes. Una voz que mece con su susurro de nana agreste. Una voz que es un lugar, la montaña leonesa y el corazón de cada uno de sus moradores. Una voz que es literatura en estado puro. ■